

EL MEXICANO DEL MEDIO SIGLO

POR EL DR. SAMUEL RAMOS

Al comenzar la segunda mitad de nuestro siglo México ofrece un panorama bien distinto al que presentaba hace veinte años, cuando el desorden post-revolucionario llegaba a su clímax. Es cierto que en las primeras décadas del siglo XX, a causa de la revolución y en medio de sus efectos destructores, se estaba gastando un México nuevo. La base de esta renovación era la conciencia cada vez más clara de las peculiaridades propias de nuestra vida y el despertar de una voluntad, para librarnos de todo aquello que desvirtuara nuestra personalidad. Pero aún por el año de 1930 la inercia del movimiento demoleedor no había sido controlado por las fuerzas constructivas y organizadoras. El espectáculo de la ruina y el caos producían en el ánimo de los mexicanos reflexivos un estado psicológico de pesimismo sobre los destinos de México. Las pasiones todavía desencadenadas, sobre todo en aquellos grupos de la población en que predomina el instinto, no inspiraba mucha confianza en un cambio favorable de la vida mexicana. Era como un organismo enfermo, cuya única esperanza de curación radicaba en las energías de su naturaleza primitiva y juvenil, que en aquel momento actuaban desorbitadas, como potencias disolventes. Fué en este ambiente caótico cuando al que esto escribe le ocurrió la idea de hacer un análisis del hombre y la cultura de México, para encontrar una explicación a los hechos que entonces sucedían y tal vez para avizorar alguna posibilidad de un futuro remedio. Todo lo que en aquel libro tiene la crudeza de un aguafuerte y todo lo que se encuentra de negativo y de sombrío proviene de las circunstancias en que fué concebido, aunque precisamente la crítica que contiene ofrece las bases para una valoración positiva de nuestra vida nacional.

Cuando apenas está en sus comienzos la segunda mitad del siglo XX, las fuerzas constructivas del país han dominado la etapa destructora y surge un México vigoroso con una fisionomía propia sin precedentes en la historia. Es obvio que un país es lo que son sus hombres.

de manera que se puede hablar de que en el nuestro está surgiendo un hombre nuevo. En efecto, la transformación de México es la obra de los propios mexicanos. Todavía hasta la caída del porfirismo dependíamos del extranjero no sólo para tomarle sus ideas, sus sistemas, su arte y sus modas, sino que al introducirse en México algunos de los progresos de la civilización moderna era preciso echar mano de personal extranjero, o más bien eran los extranjeros mismos los que obtenían concesiones para montar por su cuenta y explotar en su beneficio estas innovaciones. Las pocas industrias, las comunicaciones, etcétera, eran dirigidas y operadas por personal técnico venido de fuera. La industrialización y las grandes obras que hoy están transformando a México, funcionan con las ideas y el trabajo de ingenieros, arquitectos, técnicos especializados, obreros me-

xicanos. Diríase que esta gran empresa colectiva ha venido a descubrir a los mexicanos virtudes y capacidades que antes no se conocían. Por su propia experiencia saben ahora que están capacitados, como cualquier europeo o norteamericano, para las obras más difíciles de la técnica científica, y que son muy buenos mecánicos, cuando tienen que operar con las máquinas. Tal vez la habilidad manual que los mexicanos han ejercitado en la artesanía por siglos, explica la facilidad con que se han convertido en poco tiempo en expertos mecánicos. Por otra parte, esta transformación moderna del país no es una obra artificial de imitación de lo extranjero, sino que ha surgido de necesidades internas del país, como una etapa natural de su evolución económica, para hacer frente con sus propios recursos a los problemas de la vida nacional. Precisamente el hecho de ser mexicanos todos los que participan en esta obra, ya sea como dirigentes o como operarios, garantiza que al consumarse, en ella serán visibles los rasgos de nuestra propia personalidad.

El descubrimiento de sus potencialidades, que los mexicanos han hecho a través de esta expe-

riencia, está produciendo un cambio en su mentalidad que se manifiesta por un orgullo y un optimismo que hacen fuerte contraste con los años de la primera mitad del siglo, en que el espíritu mexicano se encontraba deprimido y pesimista, lleno de un sentimiento de inferioridad. La revaloración que están realizando los mexicanos de sí mismos, encontrará todavía un fundamento para exaltarse si del panorama de la vida material pasamos al de la nueva vida espiritual o cultural del país.

Se puede decir que México es uno de los pocos países nuevos que tiene más completos los miembros que deben formar una nacionalidad de tipo superior. En los últimos veinte años la cultura intelectual ha logrado un desarrollo extraordinario, con repercusiones en la educación superior. Con un ritmo acelerado adquieren gran expansión las ciencias naturales, la historia, las ciencias sociales y económicas, la antropología, etc. Es evidente que la filosofía y el arte han tenido un florecimiento que nos coloca en una posición prominente en la América Latina.

Tal vez no es inexacto decir que México está logrando en estos momentos un equilibrio entre las tareas nacionales y la preparación intelectual para realizarlas. El mexicano se conoce mejor a sí mismo, tiene mayor conciencia de los problemas de su vida y está capacitado para decidir por sí solo como debe solucionar tales problemas. Ya tiene el suficiente dominio de sí mismo para no desalentarse por los errores, y hacer frente a los fracasos parciales. Su sentido crítico tiende a aplicarse, más que a la negación destructora, a la discusión fecunda de las ideas y los proyectos. Siempre ambicioso y luchador, parece el mexicano decidido a la conquista de su grandeza.

Me parece que la tarea del centro de investigaciones que ahora inicia sus trabajos debe considerar todos los aspectos y problemas del hombre y la vida mexicana en esta nueva etapa de su historia, que se adelanta con valentía hacia el porvenir, decidido a superar todos los males, sin temor a enfrentarse a graves problemas, con la firme voluntad de engrandecer a México sobre sólidas bases. No dudo ni por un momento que, dado el empuje y la capacidad de los hombres de este nuevo centro de investigación, contribuirán con sus estudios a una inteligente orientación del porvenir de México.

El empleo de las sustancias

Fixanal

"de Haën"

para el análisis volumétrico



J. D. Riedel-E. de Haën A.-G. Berlin-Brandt

ALIANZA QUIMICA MEXICANA, S. A. de C. V.
Serapio Rendón 50. México, D. F. Tels. 16-33-00 y 36-18-06
MATERIAL PARA LABORATORIOS